

## Estacio, *Tebaida*, introducción, traducción y notas de R. M<sup>a</sup> Agudo Cubas, Madrid, Alianza, 2024, 524 pp.

Vicente Cristóbal

<https://www.doi.org/10.5209/�cl.106007>

Bienvenida ha sido y bienvenida sigue siendo esta traducción de la *Tebaida* de Publio Papinio Estacio. Por varias razones: porque colma una apremiante necesidad y un evidente hueco en nuestra filología clásica española, porque se trata de una óptima, magnífica traducción, y porque contribuye decididamente a iluminar la figura y la obra de aquel antiguo poeta napolitano, contemporáneo de Marcial y del emperador Domiciano e hijo de un profesor de literatura griega, cuya producción no desmerece apenas, a mi juicio, de la de los otros poetas ilustres de la latinidad como Lucrécio, Catulo, Virgilio, Horacio, Propertio, Tibulo u Ovidio. La traductora de la obra se encarga de mostrar esto último –paladina y convincentemente–, en la introducción a su trabajo de mediadora.

Se trata de un trabajo ímprobo el que aquí subyace, sí, pero un trabajo provechosísimo para la comunidad académica y para la cultura hispana en general, un logro y un éxito manifiesto, del que me alegra dar testimonio y pregón.

La *Tebaida*, ocioso es decirlo, es una obra difícil y larga, con sus 12 libros y sus casi 10.000 versos. Se hallaba hasta el momento sin una adecuada y actual traducción al castellano, porque era y es manifiestamente obsoleta e inadecuada, aunque tenga también sus valores, la de Juan de Arjona y Gregorio Morillo (del s. XVI, pero no publicada hasta el XIX: al segundo traductor, que completó la obra de Arjona unos cuantos años después, ya en el siglo XVII, le corresponde solo la traducción de los tres últimos libros de la epopeya). Del proyecto traductor de esta epopeya ha habido abandono sucesivo en editoriales contemporáneas (Gredos y Akal, al menos, según me consta), por evidentes razones de dificultad de la obra. Tengo también noticia de una nueva próxima traducción, antológica, que aparecerá en la editorial de la Universidad Autónoma de Méjico, obra de un filólogo ampliamente experto en el tema: Antonio Río Torres-Murciano. La *Tebaida* sí que ha sido trabajada, y bien, en nuestros medios académicos: ahí tenemos los estudios que le han dedicado sagazmente Rosa M<sup>a</sup> Iglesias, o Cecilia Criado, o Sandra Romano; pero no ha sido traducida. Sí que lo han sido, pero no mucho para lo que ahora es habitual, las otras obras de Estacio: así las *Silvas* en Gredos por Francisco Torrent; así la truncada *Aquileida* en Padilla libros, Sevilla, por Antonio M. Bernalte Calle. Repito: hacía mucha falta la traducción de la *Tebaida*.

¿Y en qué consiste la dificultad de esta obra antigua? Fundamentalmente –como saben bien los estudiosos de la literatura latina– en el hecho de que su estilo es perifrástico y ampuloso, mitográfico en grado sumo, podríamos decir que “pregongorino”; pues es curioso constatar cómo dos poetas latinos estrictamente contemporáneos, Marcial y Estacio (siglo I d. C., segunda mitad, época del emperador Domiciano), preanuncian con su estilo opuesto (conciso el del uno, ampuloso el del otro) las dos líneas maestras –conceptismo y culteranismo– por las que transitará la poesía española de fines del XVI y del XVII. Hay efectivamente en los versos de Estacio una continua huida de la expresión más común y realista: las palomas, por ejemplo, no se dice que sin más lo sean, sino que son “idalias aves” (XII 16), las golondrinas, por ejemplo, no se llaman golondrinas sino “aves géticas” (XII 479), el águila no es aludido como tal sino como “portador del feroz rayo” (IX 858), y el rayo no solo es nombrado directamente, sino indirectamente como

“masa ígnea... con cabellera hendida en tres” (III 320-321), la miel no es simplemente miel, sino “rocíos acteos” (IV 453); y por supuesto, para aludir a los distintos personajes se acude con frecuencia a las perifrasis antes que a los nombres propios: así “yerno del profundo Nereo” (V 435) para apuntar a Peleo, o “vástago de Calidón” (igualmente V 435) para señalar a Meleagro, o “hermanas de la Estige” para referirse a las Furias, o “lascivo acosador de la madre de Apolo” (con doble perifrasis, XI 12-13) para señalar a Ticio, etc., y casi todo lo real adopta el disfraz mitológico para hacer acto de presencia en sus versos. Hay además frecuentes metonimias de todo tipo, especialmente las mitológicas, y una constante exhibición culturalista, geográfica y mitográfica, que se regodea en la ocultación y el oscurecimiento eruditio. Avanzando sobre el manierismo de Ovidio en las *Metamorfosis*, la expresión en Estacio se barroquiza hiperbólicamente, se retuerce y se expande. Solo es claro Estacio para el que conoce sus materiales; es evidentemente un poeta culto, culturalista y preculterano. Y hace falta estar inmerso en su cultura para entenderlo. La dificultad de su expresión no ha de atribuirse a la culpa del poeta, sino a la necesidad de que el intérprete conozca a fondo el universo mitológico y cultural que el poeta ostenta y utiliza como código metafórico. Eso no debería degenerar –como a menudo ocurre– en el cómodo reproche a su “retoricismo”, porque su dicción es solemne y artística, seductora a menudo su poesía, precisamente por su ampulosidad y su ornato. La belleza literaria, como tantos otros ideales, no se consigue siempre por las mismas vías; y Estacio la consigue de esa especial y particular manera, que obliga a los lectores a mucha atención y a una más que notable propedéutica. Como ayuda aclaratoria de su universo cultural para el lector de cultura media se hacen necesarias obviamente las notas explicativas, las continuas notas explicativas de las referencias, que a veces son verdaderos enigmas y adivinanzas, como ocurre en Góngora y en sus seguidores.

Pero al mismo tiempo la *Tebaída* de Estacio, epopeya heredera de Homero, de Virgilio y Ovidio, es mucho más que exhibición estilística. Es también depósito de una ética moderna, bastante próxima a nosotros ya, y esta traducción nos abre también la puerta para penetrar en estos valores materiales de la obra. Si la *Eneida* de Virgilio ya era una épica del sentimiento, la epopeya de Estacio continúa siéndolo y a veces en mayor medida, porque no solo cuentan y se cuentan las acciones externas de los guerreros, sino que se pinta el carácter y el espíritu de los distintos personajes, y sus reacciones y sus batallas interiores. La profusión de abstracciones morales personificadas va en esa misma dirección, creo. La ética del estoicismo, con su insistencia en la virtud como meta, tiene aquí (como en casi toda la literatura latina del siglo I, pero especialmente en la épica) amplia presencia.

La presente versión de Rosa M<sup>a</sup> Agudo Cubas es fiel y respetuosa al original, hace perfectamente inteligible al difícil Estacio y lo traslada a un inmejorable castellano ajustado a su adecuado nivel poético.

Y es muy de agradecer la introducción, que contiene, bien expuesta y ordenada, la información necesaria para acceder y degustar la obra, con atención al contenido, a la forma, a las fuentes y a las secuelas literarias de la obra, y con una actualizada bibliografía de apoyo.

E igualmente oportunas, precisas y escuetas, son de agradecer las notas, necesariamente abundantes, como antes he dicho, que glosan, explican y quitan el velo a los constantes acertijos mitológicos. Esas notas, mayoritariamente mitográficas, quiero leerlas como un fruto y un tributo al magisterio de don Antonio Ruiz de Elvira, y en ellas se evidencia un cabal conocimiento de las diferentes genealogías míticas, las diferentes versiones, el laberinto de los nombres legendarios; y no son solo mitográficas, sino a veces, cuando conviene, glosadoras de otros aspectos literarios, históricos o institucionales.

Es esta una versión sumamente elegante. Esa línea versal de 18 sílabas a la que se ajusta la traductora (como explica en su introducción) se revela además como un molde estupendo para preservar una cierta concisión en nuestra lengua (que tendería a expandirse en seguimiento del latín estaciano si no se le impusiera un freno y una medida predeterminada); y molde estupendo para mantener el hábito poético del original. Se percibe, sí, un ritmo rotundamente poético, eco indudable del hexámetro latino; y precisamente el hexámetro alguna que otra vez se plasma también limpiamente en la traducción, como en II 587: “[la es]pada bistonía, regalo de Marte al magnífico Eneo”, o en X 905: “Un indignado clamor se elevó entre los dioses ante estas...”. La lengua de esta traducción, siendo espejo fiel del latín, es al mismo tiempo dechado

de un magnífico castellano, de léxico variado (“fuerte”, “reales”, “cuartel”, por ejemplo, como traducciones de *castra*), de correctísima sintaxis y de una cuidada modulación de las frases.

Al final de su *Tebaída*, es célebre el colofón metaliterario que el poeta le imprime, expresando dudas y órdenes, y que dice así en latín:

*Durabisne procul dominoque legere superstes,  
o mihi bis senos multum uigilata per annos  
Thebai? [...]  
Viue, precor; nec tu diuinam Aeneida tempta,  
sed longe sequere et uestigia semper adora.*

Y así vierte estos versos la traductora (p. 524):

“¿Durarás por largo tiempo y serás leída  
sobreviviendo a tu dueño, oh Tebaída mía, objeto absoluto  
de mis desvelos por espacio de doce años? [...]”  
Vive, ese es mi ruego; mas no intentes competir con la divina  
Eneida, sino siguela de lejos y adora siempre sus huellas.”

Y ante esa duda final expresada por Estacio está claro que la respuesta es positiva, y esa duración y continuación de la lectura de la *Tebaída* será debida a partir de ahora, entre otros varios factores, al trabajo eficaz y a los desvelos fructíferos de Rosa M<sup>a</sup> Agudo. Así como al buen hacer de Alianza editorial, que suma así este título a los muchísimos que tiene ya de obras grecolatinas.

